

ción acerca de un gran sabio y artista portugués, Reynaldo dos Santos, que escribiera no ha mucho, otro sabio y artista español, Gregorio Marañón. Las seguimos como se sigue, suavemente llevados, el viaje placido por un río, maticados en un ámbito de hondas reflexiones. Así, hasta que llegamos al final del artículo, donde una frase, la que hemos puesto como título, se hundió de súbito, como una espada hasta el fondo de nuestra conciencia. Y allí, removiendo todo lo leído, nos sumergió en amargas dudas.

Para aclararlas, en este diálogo invisible con el lector lejano, relatemos en partes, el contenido esencial del artículo.

El analizaba, como otras veces ha analizado este pensador, el tema del progreso humano, que no puede estar en la destrucción revolucionaria, ni en el celo y paralizado resguardo de todo lo adquirido. Y alrededor de un sabio, de un verdadero sabio que reúne esencias de hombre, de pensador, y de artista, labra su hermosa divagación, repitiendo, a manera de variaciones musicales, sus anteriores modos de pensar.

Advinamos que en la emocionada loa al sabio vecino que teje Marañón va una soslayada explicación de su propia actitud de hombre y de pensador, acusada por tantos como tibia y confusa frente al terrible problema de su patria tiranizada. Dejando al margen esta debatida actitud del hombre y del sabio, y entrando sin forzarnos en el curso de sus hermosos pensamientos, busquemos penetrar todo su sentido, para aclarar al final —si nos fuera posible— la punzante duda que ha herido hasta el fondo nuestro calco sentir de americanos.

Habla Marañón del sabio y localizándolo en el terrible momento histórico que se abre como frente a una puerta con dos pilares de sangre —los dos pilares de las dos guerras pasadas— dice de Reynaldo dos Santos: "Y los hombres que viven en la encrucijada de dos épocas así, una de dos: o se disgregan al poderoso tirón antagónico de lo antiguo y de lo moderno o, convirtiéndose en suma esquemática del pasado y del futuro, sirven de gozne entre los dos, y, por lo tanto, asumen la más alta misión humana: la de mantener la continuidad de lo que no debe perecer. Pues sí: en el trance actual ha habido una generación de hombres representativos, encargados de demostrar con su vida y con su obra que la tradición y el progreso no son dos enemigos, sino un padre y un hijo, separados por el cauce que a veces se hace sima de la edad, pero transidos de la misma alma; que lo nuevo es, desde que existe, ya antiguo y germen de otras cosas nuevas; que nada de frágil al pensamiento como hundirse en el pasado; y que el pasado para no convertirse en cadáver, en cenizas, tiene que erguir con un supremo esfuerzo, la cabeza para orientarse hacia la aurora que nace; que lo romántico es ya clásico cuando muere la generación que le vio nacer, y que mientras las multitudes luchan por cambiar al mundo de arriba a abajo, o porque nadie toque al mundo que crearon nuestros abuelos, unos grupos de gentes extramultitudina-

"Mientras la Tradición no se Embarque También Rumbo a América"

● ESPECIAL PARA "MARCHA"

"rías van marcando, en silencio y con seguro tino, lo que detrás o delante de lo actual tiene sentido eterno y puede servir de hito para la marcha tubante de la humanidad".

Con esta transcripción queda bien definido el pensar del ensayista y sobre el cual ha insistido en perfiadas meditaciones. Ahora viene lo nuestro. Porque en todo ese dulce divagar, nada nos pone en actitud dudosa, y nos dejamos conducir sin resistencia, por su docta mano. Mas en llegando al final, surge la frase, que como un leopardo, se agazapa junto al camino. Vedla tal cual:

"Y por eso es también un ejemplar representativo del hombre europeo (Reynaldo dos Santos), —muchas veces Portugal ha representado al continente— pues hoy todavía, mientras la tradición no se embarque también rumbo a América, el ayer y el mañana, los unirá un eslabón hecho de carne y de alma europea".

¿Qué busca esa tradición si acaso llegara en nuevas prcas hasta estas playas hispotalarías? ¿Busca aherrojarnos con todo lo viejo que va a abandonar la Europa convulsionada en esa trágica ruptura de tradición y progreso? ¿Busca depositar sobre los campos nuestros y sobre las ciudades abiertas, todo el botín que una sociedad mordida por el egoísmo, acumuló en años de injusticias? ¿Busca desembarcar en los puertos francos los arcones cerrados donde se guardan los títulos y los pergaminos? ¿Busca proteger al acicalado emisario de la estólida diplomacia, para hacer del continente nuevo, la ciudadela de la regresión? ¿O por ventura, viene a mezclar las más nobles y perdurables conquistas pasadas a nuestro vigoroso y desatado vivir de pueblos jóvenes?

Creemos que en el fluir de la vida fácil de los pueblos, ese edénico divagar de Marañón, con el paradigma de esa sabia conducta, eslabonando presente y pasado, en el ideal de la vida superior. Y creemos, también, que el progreso, en las altas esferas del pensamiento no podrá realizarse sino con ese régimen puro, de atar lo nuevo con lo viejo. Pero cuando la vida nos arranca de los planos elevados del espíritu, y nos obliga, por más nobles que sean nuestros designios, a mezclarnos con el barro en la lucha que nos cerca; cuando se presenta el fantasma rojo de la tragedia, rompiendo con la espada la entrañable cadena; cuando el hombre, sabio, obrero o artista, no queda a merced de sus meditaciones, sino que debe elegir de un lado o el otro del cauce sangriento ¿qué partido

se, a escondidas, en la cautelosa nave que pone sus proas al Nueva continente; o la de quedar en el foco del conflicto, sufriendo en la contienda, hasta que la verdad triunfante se alce sobre los escombros?

Expliquemos el porqué de nuestra amarga duda que podrá parecer inadecuada al estilo scocrático del maestro que comentamos. Y ello estriba en que nuestra inviolada fe en "nuestra América", hecha de juventud, de generosidad y de libre hospitalidad, hecha a la contra imagen de una Europa cerrada y egoísta, ha visto siempre, con pavora, que pueda volverse nuestra tierra, inocente depositaria de cuanto cosa vieja, regresiva y pervertida quiera enviarnos el continente en ruinas.

No se piense, al leer esto, que nos va el menosprecio hacia la Europa desgarrada. No. Nuestra fe en la América nueva, va de mancs juntas con nuestra fe en la Europa revolucionaria que entre "lágrimas, sudor y sangre", está labrando, como sólo puede labrarla, una carne pura para el nuevo cuerpo social. Pero nuestra fe en América, que la soñamos libre de toda insidia alevosa, tiembla ante la traición, que no Europa, sino la anti-europa le pueda mandar, solapadamente, a bordo de naves que se van a llamar hermanas.

Quizás en el sentir de Marañón, al escribir al desgaire la frase del título, no le ha nacido la idea de ese comercio envilecido, de una Europa que se está buscando a sí misma, y que en el naufragio abandona sus vicios que buscan último albergue en las orillas ingenuas. Pero aun cuando en su mente tal pensamiento no haya anidado, su frase, hermosamente vertida, ha agitado viejos temores. Libre y joven y abierta deberá ser "nuestra América". Pero nunca su libertad, su juventud y su hospitalidad debe ser refugio de la derrotada reacción europea. Lo que allí se ha perdido y se está perdiendo, bien perdido sea para la Europa nueva. Así nos alcance pronto la dolid y lejana experiencia; y bien venida sea a nuestras costas y en hermanas naves, para contruir eso que nosotros debemos también construir: la América nueva.

Hagámoslo de consuno, en el leal intercambio recibiendo de las viejas culturas todo lo que de perdurable encierran. Y de las nuevas y nacientes culturas —los que están entregando pasión y sangre en los nuevos crisoles— las experiencias salvadoras. Abramos sin miedo, las puertas del hogar, a todo peregrino que traiga cruz o espada, proclama o biblia, si una estrella quema sus ojos. Pero al huésped de la regresión; al cobarde huésped que viaja siempre en primera en todas las naves; al que paga con el oro envilecido los libros de la insidia y los diarios de la alevosía; a aquel huésped indeseable, que cubierto bajo el manto de la tradición se embarca rumbo a estas playas, a ese, cerrémosle los puertos y las puertas. Que no se ampare detrás de nuestras libertades para herir por la espalda al hombre nuevo de América, al héroe nuestro, rubio o moreno, y que ha nacido, en la anuencia de poesía, desde el momento en que se alzaron hacia los cielos de América, los alumbrados cantos de Walt Whitman.

C. A. HERRERA MAC LEAN